Umberto Eco, *Costruire il nemico*, 2011, Milano, Bompiani, 336 pp.

RECEPCIÓN: 27 de enero de 2013.

ACEPTACIÓN: 19 de febrero de 2013.

Construir al enemigo de Umberto Eco no es un texto monotemático. Desde la introducción se nos avisa que se trata de una colección de textos con temáticas muy diferentes; así que su título debería de ser *escritos varios*.

Eco no le tiene miedo a enfrentarse a los temas más candentes de nuestra época: la constante necesidad de los hombres de crearse un enemigo. Si al relativismo filosófico corresponde el relativismo ético; si al inicio de la vida humana corresponde el surgimiento de la persona humana y de sus derechos; si las cosmologías antiguas y sus aciertos; si dónde se encuentran las reliquias de la cristiandad; si *wikileaks*. Pero también sabe entretenernos con otros temas más amenos, algunos de los cuales pondrán a dura prueba a los traductores de este libro, dado que se refieren a aspectos muy peculiares de la cultura italiana o de su idioma. Para presentar este libro quisiera concentrarme en aquellos temas que invitan más a la reflexión.

El primero lleva como título “Construir al enemigo” y se trata de una conferencia pronunciada en la universidad de Bolonia. Antes de empezar a comentarlo, quisiera intentar describir la impresión que le embarga a uno cuando se pone a leer algo de Umberto Eco. Uno se siente llevado en el tiempo, a lo largo y a lo ancho de la historia, espaciando desde los autores de la antigüedad hasta los modernos, pasando por las novelas de 007 de Ian Fleming. Aquellos que acostumbran leer a Eco notarán su acostumbrada –pero para nada común– e impresionante actitud de quien ha leído mucho (los alemanes tienen para esta actitud un sustantivo insuperable: *Belesenheit*).

Regresando a *costruire il nemico*, Eco nos muestra que, desde siempre, el enemigo ha sido importante para definir nuestra identidad y para medir nuestro sistema de valores. Así que siempre ha sido necesario construirlo. En esta conferencia quiere poner de manifiesto, sobre todo, el proceso por medio del cual producimos y demonizamos al enemigo. Por medio de una gran cantidad de ejemplos del pasado y del presente –Eco no olvida presentarnos los problemas inherentes a la relación con los migrantes que aqueja a toda Europa–, el autor pone de manifiesto que el enemigo se construye siempre a partir del reconocimiento de aquel que es diferente de nosotros y, por eso, parece amenazarnos con su diversidad. Si el lector busca una indicación positiva para evitar la tendencia a crear al enemigo, se quedará un poco decepcionado, dado que el autor parece indicar que esta actitud es inevitable en los seres humanos. Al final, concuerda con la descripción que Sartre hace del infierno: *el infierno son los otros*. ¿Habrá que repetir los errores del pasado? Parece que sí, pero hay un pasaje que indica otra posibilidad: “pero, seamos realistas. Estas formas de comprensión del enemigo son propias de los poetas, de los santos o de los traidores. Nuestros impulsos más profundos son de otro orden”.¹ Así que, ¿por qué indagar cómo es posible que un poeta o un santo –el traidor sabemos bien por qué acepta al enemigo– puedan aceptar a lo que es diferente? Es como si estos personajes que lo han logrado, vivieran fuera de la realidad.

220 El segundo tema que me parece muy interesante se presenta en el capítulo “Absoluto y relativo”. Aquí el autor contesta indirectamente a la descripción de la sociedad moderna, hecha por el, en aquel entonces, Cardenal Ratzinger en su homilía *Pro eligendo pontifice* y en otros de sus escritos, cuando refería que nos encontramos frente a una “dictadura del relativismo”.² Eco empieza aclarando sus intenciones que revelan ya la clave de su disentimiento respecto al juicio de Ratzinger: “me limitaré no tanto a aclararles, sino a confundirles las ideas, buscando sugerir cómo cada uno de estos términos [absoluto y relativo] significa –según circunstancias y contextos– cosas muy diferentes, y cómo, entonces, no se tengan que usar como bates de béisbol”.³

¹“Ma siamo realisti. Queste forme di comprensione del nemico sono proprie dei poeti, dei santi o dei traditori. Le nostre pulsioni più profonde sono di ben altro ordine”. Umberto Eco, *Costruire il nemico*, 2011, Milano, Bompiani, p. 24. Las traducciones son mías.

²Cfr. *Missa pro eligendo pontefice*, Homilía del Cardenal Ratzinger, 18 de abril de 2005.

³“Qui, pertanto, mi limiterò non a chiarirvi ma a confondervi le idee, cercando di suggerirvi come ciascuno di questi termini significhi –secondo le circostanze e i contesti– cose molto diverse tra loro, e come quindi essi non vadano usati come mazze da baseball”, Eco, *op. cit.*, p. 30.

Eco se apoya en varios autores, entre ellos algunos cristianos –Dante, el Pseudo-Dionisio, Cusano–, para afirmar que, aunque exista, este Absoluto no puede ser expresado o definido. Pero esto no significa de ninguna manera que no sea posible expresar la verdad (entendida como la posibilidad de expresar la correspondencia entre lo que está afuera con lo que el intelecto reconoce, según la definición de santo Tomás de Aquino). De esta manera, Eco quiere separar la verdad, de la experiencia de lo Absoluto. Por esta razón, se centra en el concepto de verdad, para aclarar su amplitud y contestar la suposición de los antirelativistas –como Ratzinger– que están convencidos de que los relativistas afirman que de la imposibilidad de conocer el Absoluto derive necesariamente la negación de cualquier verdad.

En el fondo, apoya el relativismo cultural, entendido como fruto de las diferentes perspectivas desde las cuales se mira la misma realidad. Pero niega que este relativismo cultural lleve a un relativismo ético. Por eso niega la famosa afirmación de Dostoyevski: si Dios no existe, todo está permitido.

Según él, es exactamente a partir del hecho de que Dios no exista que el hombre tiene que ponerse a trabajar para salvarse en esta tierra, estableciendo la comprensión y la ley moral. Al final, afirma que la única forma de Absoluto de la que no se puede dudar es la muerte y, junto con ella, todo lo que la experiencia indica –un muro no puede ser atravesado, so pena de romperse las narices.

El tercer tema que me parece relevante se encuentra en el capítulo “Los embriones fuera del paraíso”,⁴ y se refiere a cuándo empieza la vida de la persona humana: si comienza con la concepción o en un estado siguiente del desarrollo. Se trata de una cuestión actual y candente porque incluye tanto el debate sobre el aborto como la experimentación sobre los embriones humanos.

Para afirmar que el ser humano, como persona, no empieza con su concepción, el autor se apoya nada menos que en los escritos de santo Tomás de Aquino, el cual –deudor de la filosofía de Aristóteles– afirma que la creación y el desarrollo del ser humano siguen un proceso. Así que el alma racional es infundida en el cuerpo del ser humano sólo cuando éste se ha desarrollado suficientemente para recibirla. A partir de esta afirmación del Aquinate se deduce claramente que el embrión no sería todavía un ser humano y que la vida humana personal no inicia con la formación del organismo biológico.

⁴ *Ibid.*, pp. 116-27.

RESEÑAS

Este argumento no es nuevo. Eco ya lo había presentado en 1995, en una carta dirigida al Cardenal de Milán, Carlo Maria Martini. Pero vuelve a presentarlo en una relación hecha en 2008, en un congreso sobre la ética de la investigación, sin hacer ninguna mención de la respuesta del Cardenal Martini. Esta correspondencia epistolar ha sido recopilada y publicada en un libro ya traducido al español.⁵

ROBERTO ZOCCO

Departamento Académico de Estudios Generales
Instituto Tecnológico Autónomo de México

⁵Umberto Eco y Carlo Maria Martini, *¿En qué creen los que no creen?*, 1997, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, trad. de Carlos Gumpert Melgosa, 168 pp.